

*sobre las viñas.  
Tú me quitas el manto  
y yo la saya,  
mas no digas a nadie  
que soy casada.*

*Las hierbas se doblaron  
bajo la vida.*

*«A la flor,  
a la blanca flor,  
a la verde oliva.»*

La lograda recreación giliana lleva a la copla un sabor nuevo, actual, y al mismo tiempo—contradicción conseguida por la hábil ejecución del poeta—milenario, enraizado en nuestra más acendrada tradición.

«Cancioncilla del Jiloca»; en esta canción al río el paisaje queda humanizado:

*El río florece espumas  
a su paso por Daroca,  
azahar inmarchitable  
para sus eternas bodas.  
Dicen los juncos que el río  
quiere a la ciudad por novia.  
¡Y hasta su cauce le duele  
cuando ve pasar de largo  
sobre su espejo los puentes!*

«Muro de San Cristóbal» es un sentido poema a las hermosas murallas darocenses, recuerdo de su infancia. El poeta aparece entrañado en los muros de Daroca: «vives en mi memoria / alzando en la colina de mi infancia / tu leyenda y tu historia». Habla directamente a los viejos muros:

*Impasible testigo  
de muertes y de bodas,  
tu antigüedad conoce  
las sencillas historias  
de las gentes que fueron a tu lado  
más fugaces que un vuelo de palomas.  
Hombres que se gastaron  
sobre la dura tierra que te apoya,  
llevándose al misterio en sus retinas  
tu silueta grandiosa.*

Las murallas darocenses están «en la escena infantil de mi memoria», son parte «del gusto añejo de mis tiernos años»:

y tu solemne sombra  
y silencio acuñado por los siglos  
dulcemente se posan  
sobre mi corazón que te contempla,  
muro de San Cristóbal,  
torreón de mis sueños,  
cristobalón de las murallas de Daroca.

Es ésta, sobre todo, poesía del recuerdo, que confiere a las diferentes composiciones un delicado temblor o un humor espontáneo y transparente. Usando otra vez las palabras de Gil sobre la poesía de Panero, pero ahora volviéndolas de nuevo a las de aquél, diríase que en este libro «resalta su plenitud de belleza, hondura y unidad. Su visión del paisaje, entrañándolo, fluyendo hacia él y desde él, presenta características adecuadas a las de sus otros temas esenciales y se liga inseparablemente a ellos»<sup>8</sup>. Como señaló Horno Liria en el trabajo citado, «esa voz suya ha estado henchida de amor a su tierra y a su entraña, a su propia y personal historia, que es su recuerdo»<sup>9</sup>.

Una lectura atenta de las diferentes composiciones incluidas en esta «Antología temática» muestra que Ildefonso-Manuel Gil mantiene a lo largo de su obra y de sus libros—en niveles de intensidad diferente—un profundo enraizamiento en la tierra. Nuestros apuntes se han ocupado exclusivamente de destacar algunas notas paisajísticas, pero en *Hombre en su tierra* sus versos cantan también al amor a la esposa y a los hijos, a la fraternidad de los amigos, a la consideración filosófico-poética del transcurrir del tiempo, sin que falte la poesía de inquietud social. En sus composiciones están la guerra, el dolor, los crímenes, cantados no desde el exilio, sino desde la España cautiva. Gil, con profunda sinceridad, se ha acercado a todas las circunstancias que le ha tocado vivir para arrancarles brío, inspiración, motivos, y con reverente autenticidad, plasmarlas con gran inmediatez en el poema. Así, sus creaciones poéticas se van cargando de temporalidad, de inquietudes, de alegrías, de esperanza, de angustia, de temores, de vida...<sup>10</sup>.

«Pocas veces el vivir y el cantar de un poeta se enraizaron con tanta profundidad en su tierra para erguirse en constante ambición de lo absoluto»<sup>11</sup>. Vida y poesía van hermanadas para este hombre-poeta que escribe por necesidad auténtica del ser. A Ildefonso-Manuel Gil las palabras le nacen:

<sup>8</sup> ILDEFONSO-MANUEL GIL: «El paisaje en la poesía de Leopoldo Panero», *op. cit.*, pág. 96.

<sup>9</sup> LUIS HORNO LIRIA: *Op. cit.*, pág. 80.

<sup>10</sup> Para un estudio completo de su poesía podrá consultarse mi libro: ROSARIO HIRIART: *Un poeta en el tiempo: Ildefonso-Manuel Gil*, de próxima aparición.

<sup>11</sup> ILDEFONSO-MANUEL GIL: «El paisaje en la poesía de Leopoldo Panero», *op. cit.*, pág. 96.

*en el blanco papel recién llegadas  
porque así lo han pedido, lo han querido  
haciéndose a sí mismas,  
sorprendiéndome  
cuando mi vigilancia estaba entera  
a su acecho, saliéndome y metiéndose  
en el hondón del sueño, en la sustancia  
del sentirme existir desconocido,  
hombre que está viviendo este momento  
de transparente luz en su tiniebla  
de soledad,  
el tiempo...*

La Institución «Fernando el Católico», que es, sin duda alguna, el empeño cultural más importante realizado en Aragón, ha sumado con este libro: *Hombre en su tierra*, una excelente obra a su cada vez más prestigiada actividad editorial.—ROSARIO HIRIART (134 Popham Road. SCARSDALE, N. Y. 10583 USA).

NICOLAS RAMIRO RICO: *El animal ladino y otros estudios políticos*. Alianza Editorial, Madrid, 1980, 223 págs.

En la convicción de que el entendimiento de cualquier problema juridicopolítico exige en la actualidad un descenso hasta sus capas más profundas e íntimas, el profesor Ramiro sale a la búsqueda de las verdades capaces de desentrañar los caracteres fundamentales de la vida humana. La tarea no es fácil, pues, como él mismo nos dice, habrá de prestarse atención sólo a las realidades sociopolíticas, históricamente documentadas y sociológicamente interpretadas. Difícil, en efecto, resultará, y en ello insiste el autor con verdadera preocupación, no perder nunca de vista que no hay saber, cuyo objeto concierna al hombre, que sea indiferente a las ciencias políticas y—por tanto—a nuestro convencional «Derecho político».

Es el profesor Ramiro un hombre que piensa y afirma que la cima de cualquier concepto juridicopolítico es la ética, la metafísica, la teología; la raíz de su problemática, empero, es sociológica. Que para el sociólogo no existe lo trivial; en buena parte—dirá—, la sociología consiste en mostrar cómo no hay nada trivial en la vida social. En su concepción de la sociedad, «la moral y el Derecho tienen de común entre sí que su sentido no es sólo que la sociedad y los hombres vivan, sino que vivan mejor. Por eso, moral y Derecho representan ya un

momento más humano de la sociedad, pues quieren infundir a la convivencia social el carácter fundamental de la vida humana: desvivirse por mejor vivir».

Estas ideas las sustenta el profesor Ramiro al tratar los diversos temas objeto de los escritos recogidos en el presente volumen: el Derecho político como teoría del conflicto; la soberanía; el porvenir de los derechos individuales; la guerra y la técnica; la sociología, los sociólogos y los economistas; la sociedad, las clases y la clase proletaria; la filosofía en la sociedad, y la tarea de traducir. Ideas básicas que configuran una visión armónica y profunda de la realidad humana, de las cuestiones fundamentales en torno a la **ciencia política, que se reitera** a lo largo de todos estos trabajos, publicados entre 1949 y 1974 en diversas revistas especializadas, con excepción del dedicado al tema, muy conocido para él, de la traducción, que es recogido aquí por vez primera.

El más extenso de los trabajos incluidos en este primer y único libro del autor es igualmente inédito: *El animal ladino*, subtulado «Ensayo de antropología política imaginativa», que concluía al fallecer inesperadamente cuando estaba a punto de irrumpir la primavera de 1977, y que constituye para los profesores Murillo Ferrol y Díez del Corral, que prologan la obra, «el intento de reconducir el saber político a una antropología básica, que explica bastante más que el comportamiento político».

Algunos de los problemas vitales del hombre, los surgidos de aspectos entroncados con las relaciones culturales, laborales o alimenticias (el grave y actual problema del hambre), son tratados en las páginas de *El animal ladino* de una manera directa y abierta, crítica y decidida, enfática a veces.

El punto de partida de «cualquier análisis antropológico serio y ponderado—afirma en este ensayo—tendrá que continuar siendo el trabajo, la más verosímil raíz del poderío humano». Y su guía inicial particular «seguirá siendo—y no por moda ni filiación de otro género—Karl Marx, aunque se trate de un insólito Marx, críticamente emparedado entre un griego, Aristóteles, y un inglés, Thomas Hobbes». Un animado diálogo con estos autores clásicos, sobre todo con los dos primeros, se convierte así en una constante a lo largo de todo el ensayo, y evidencia el profundo conocimiento y el certero aprovechamiento obtenido, a lo largo de las numerosas y profundas lecturas de los mismos, por nuestro autor.

Como característica general a destacar en todos los textos del doctor Ramiro, catedrático de Derecho político, ha de verse, por encima de todo, una inspiración común de preguntarse cuáles son los problemas esenciales con que se enfrenta el hombre, y la pretensión de hallar para los mismos las respuestas humanamente más relevantes.

En una visión admirablemente sintética de en qué debe consistir la maldad o bondad de un libro, supo comprender que ésta reside «en la acción catalizadora que los pensamientos vertidos en sus páginas ejercen sobre la mente de quien los lee». En su escribir lento y pausado, lúcido, no dejó atrás ni ésta ni ninguna de las ideas por él consideradas como básicas, por fortuna.—ANGEL GOMEZ PEREZ (*Joaquín María López*, 44. MADRID-15).

RAFAEL MONROY CASAS: *Perspectiva social y relaciones humanas en el teatro de Arnold Wesker*. Murcia: Cuadernos de la Cátedra de Teatro de la Universidad de Murcia, 1979, 209 págs.

En el teatro de Arnold Wesker, el héroe se configura casi siempre como un «héroe político»; de ahí que la mayoría de las veces su acción dramática adquiera proyección de empresa política. Sus obras son la ocasión para poner de relieve el testimonio del esfuerzo de los humildes por sobrevivir. Parece como si el fervor político de la convicción fuera la única posibilidad de continuar la lucha para aquellas personas que viven en la pobreza. Así, el escenario pone en movimiento un ambiente de amargura y de violencia, en donde las palabras «están más al servicio de la incitación que del consuelo».

Por otro lado, y como señala J. Russell Taylor, con A. Wesker, más que con cualquier otro dramaturgo de su generación, es virtualmente imposible considerar el hecho dramático, la producción literaria, el objeto artístico, como situaciones distintas de las opiniones políticas y actitudes vitales de su autor. De esta manera, la simbiosis entre dramaturgo y producción da como resultado que la escena se convierta en el medio adecuado para la expresión y dramatización de las ideas personales. A este respecto, Rafael Monroy cita las siguientes palabras del propio A. Wesker: «La idea de que los personajes deben hablar por sí mismos es muy extraña. No ocurre así en la vida: no dejamos que la gente hable por sí misma. Sus palabras se ven constantemente filtradas por nuestras sospechas, nuestra capacidad limitada de entendimiento, nuestro escepticismo, nuestros juicios inteligentes... ¿Por qué, pues, vamos a dejar que nuestros personajes digan cualquier cosa, lo primero que se les ocurra? No. No por qué, sino ¿cómo les vamos a dejar?» Es evidente que si un texto confiere un significado, una impresión, un testimonio, un mensaje, todas estas realidades artísticas tienen su exis-